

Voy á esperar que me dé explicaciones. Tendré carácter.

Te crees fuerte, porque la esperas aun á pesar de lo avanzado de la hora. Pero el cuarto, la media ha dado, y no tienes más que un solo pensamiento: reunirte á ella, saber lo que la ha ocurrido. No vaciles, ¿á qué conduce? Tú te conoces demasiado; tú quisieras decirte: *No voy*, pero irás. Sé, pues, franco, contigo mismo y sigue con valor el camino que te traza tu cobardía.

VI

A la una estaba en su casa.

—¿Está?...

—Sí.

—¿Está enferma?

—No, señor.

En mi egoismo, siento hasta esta respuesta. Puesto que no está enferma, ¿por qué no ha ido? Me dijeron que pasase.

¡Tengamos calma! Otra vez, en igual caso, no pude ocultar mi pena, mi despecho; ella lo conoció y estuvimos incomodados algunas horas. Hoy seré más dueño de mí; además no está sola, siempre tiene á su lado alguna amiga.

Me tendió la mano con aire desdeñoso y se puso á hablar de cosas indiferentes; de la co-

media que vió la noche antes, del baile que habrá hoy. Parece asombrarse de que no tome parte activa en la conversación. ¡Por vida del... Estoy tan nervioso que no tengo calma; su sangre fría me exaspera.

Que diga para excusarse una palabra tan sólo que yo comprenda, y quedaré satisfecho. Que al tenderla la mano me la apriete de cierto modo, y no quiero más.

Nada, ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada.

Su amiga es mejor que ella. Mi actitud la conmueve, me adivina y se marcha.

—¿Por qué no has ido esta mañana?—la pregunté en cuanto estuvimos solos.

—No he podido.

—Me lo figuro. Pero, ¿por qué no has podido?

—Porque... no he podido.

—¿Es así como respondes? ¿No ves cuánto sufro? No debiera confesártelo; pero mi pena es más fuerte que yo.

—¿Sufres por eso? Qué tontería.

—¡Vamos, dimelo! Hay algo que te ha impedido ir. ¡Bueno! No hablemos más de eso. No insisto más en tener alguna explicación de esa falta; no te la echo en cara. Dime tan sólo una palabra que me anime, que me consuele. ¿No quieres?

—¿Y qué he de decirte?

—Yo no sé, búscala y la encontrarás.

—No hallo ninguna.

—¡Bueno! está bien. Estás en mala disposición de espíritu; no quiero cansarte por

más tiempo, y te dejo. ¿Te veré mañana?

—No puede ser.

—¿Y pasado mañana?

—Tampoco.

—¿Cuándo entonces?

—No lo sé.

—¿No piensas lo que dices? ¿No ves que tus respuestas son muy duras? Vamos, no me desesperes más tiempo. ¿Qué hay? ¿Qué tienes?

La cogí una mano y la retiró, diciendo con mal humor.

—Que me haces daño, ¡déjame!

—¡Ah! Más daño me haces á mí. ¡Adiós!

—Adiós.

Me dirigí á la puerta, y estaba ya á punto de abrirla, pero no tuve valor, me volví hacia ella, me arrodillé á sus pies, y la dije:

—No me dejes marchar así; ten un poco de piedad. ¡Sería tan desgraciado si me marchase así! ¿Qué tienes? ¿Qué te he hecho?

—Nada —me respondió.

—Hablemos, ¿quieres? Deja ese bordado que te impide escucharme y que te separa de mí. Bien, gracias. Algo de extraño pasa aquí, dime la verdad. Tentré valor, te lo prometo. ¿Habrán terminado nuestros amores? ¿Te ves obligada á dejarme?

Me miró con tristeza y se calló.

—¡Ah, Dios mío!... ¡Lo he adivinado!...

Entonces la pedí que se explicase y accedió á hablar.

Desde hace largo tiempo — me dijo, — la

atormentan por causa mía, la dan disgustos intolerables; se la echa en cara que mi amor no puede conducirla á nada. Hay momentos que no hace caso de esas observaciones; pero está muy disgustada, mucho; sienten falta de dinero y la obligan á pensar en él. Yo la interrumpí diciendo:

—¿Hay alguien que te causa esos disgustos?

—Sí — contestó bajando la cabeza, — y como soy incapaz de engañarte, ni de engañar á otro, es preciso que nuestros amores terminen.

Hacia ya un rato que no me hablaba con dureza. Su voz estaba conmovida, brillaban lágrimas en sus ojos; parecía sufrir mucho por la pena que me causaba.

—Escúchame — la dije después de un instante de silencio; — yo no quiero dejarte; te amo locamente. Lucharé con todas mis fuerzas, á fin de no perderte. Tengo por fortuna una renta que me basta para vivir; pero no puedo disponer del capital y ponerle á disposición tuya. Puedo reunir, sin embargo, una suma importante. ¿Quieres que lo intente?

—No — me respondió, — entre nosotros no deben mediar intereses; echarían por tierra nuestro pasado tan hermoso. No salgamos de él. Yo sufro tanto como tú, te lo aseguro. Necesito un gran valor para hablarte así, pero no puedo hacerlo de otro modo... Ven á verme, trataré de consolarte, seré siempre tu amiga.

—¡Oh! ¡no! — exclamé. — ¡Verte á título de amigo! ¿Qué te atreves á proponerme?...

Cuando salga de aquí no me verás más... No te quiero así. Estás sujeta á una influencia más fuerte que la mía. Debía esperarlo. Estaba loco al confiar en la duración de nuestros amores... Adiós, y gracias por los felices días que me has hecho pasar.

Y al hablar así, lloraba como un niño.

—Vamos,—dije por fin,—esta situación no puede prolongarse. Separémonos, puesto que es preciso.

La estreché entre mis brazos, me tendió sus labios, y con un apretado beso nos dimos el postrer adiós.

Ni una lágrima se desprendía de sus ojos. Salí tambaleándome como un borracho; tuve que agarrarme á la barandilla de la escalera para no caer.

Bajé paso á paso, deteniéndome en cada escalón. Me parecía siempre que me iba á llamar. No podía haberme dicho seriamente adiós para siempre. No se sacrifica á quien se ama por una miserable cuestión de dinero. Es una prueba; ha querido saber hasta qué punto la adoraba.

Fuí bajando lentamente. Tuve que prestar atención; una voz me llamaba.

Ya había descendido un piso entero; me disponía á bajar otro. De repente oigo pronunciar mi nombre.

¡Sí, no me engaño! Levanto la cabeza y la veo inclinada sobre la barandilla de la escalera en el piso superior. Me hace señas de que suba. ¡Ah! ¡ya lo sabía yo! No podía haber concluido todo.

En un instante subí el tramo que había tardado tanto en bajar. Ya había entrado en su cuarto, pero la puerta estaba abierta. La cierrro y penetro en la sala. Ella corre hacia mí. Esta vez llora; sí, está deshecha en lágrimas, y tiene los cabellos esparcidos. ¡Qué hermosa estaba así!

¿Para qué me hace subir? ¿Qué me dirá? ¿Renunciará sin duda á la posición que la quieren dar? ¿Sacrificará su interés á nuestro amor?

—Escucha—murmuró á mi oído;—yo me había prometido ser fuerte hasta el fin; pero cuando te he visto partir, me ha faltado el valor. Acabas de decirme que acaso tú podrías sacarme de esta dificultad. ¿Quieres hacerlo? Sufro horriblemente ante la idea de quedar obligada á otro que no seas tú, y me decido á aceptar tus ofrecimientos. Tú me juzgarás mal tal vez, pero...

—¡Juzgarte mal—exclamé,—por haber tenido confianza en mí, por haberme tratado como amigo, por haber hecho todo lo posible porque pueda estar al lado tuyo! ¡No, no! Te lo agradezco infinito, te amo mucho más por tu franqueza, y por eso debo tenerla contigo. Lo que te he ofrecido no lo tengo; es preciso que lo busque. Hoy es viernes, dame de plazo hasta el lunes, y no tomes decisión alguna antes de recibir noticias mías.

—Te lo prometo.

Me marché menos desconsolado. Una esperanza me sostenía, de las más vagas é insensatas, porque reposaba en el juego.

¡Sí, el juego! No tengo en estos momentos más que una suma de dos mil francos, que poderla ofrecer. Pero gracias al juego puedo centuplicarla. ¿No se ve á cada paso en los periódicos, que con un puñado de luises, éste ó aquél, coparon una de las bancas de Alemania? Yo he visto á un amigo mío ganar catorce mil francos con dos florines. ¿Por qué no he de tener yo esa fortuna?

¿Y además no es hoy viernes y 13 de Julio? Por espíritu de contradicción muchos jugadores aseguran que este día y esta fecha reunidos tienen *buena sombra*.

En marcha, y como Alemania está algo lejos, vayamos á Bélgica.

VII

Existe, en aquella placentera comarca, una preciosa ciudad en miniatura, llamada Spa, donde el burgomaestre y los notables de las cercanías, gentes hospitalarias, si las hay, han hecho construir para solaz de los viajeros de todas las naciones, un monumento conocido con el nombre de *Kursaal*. Todas las mañanas, á las once en punto, graves personajes entran en él, abren un arca, sacan un centenar de miles de francos en oro y billetes, los colocan sobre dos mesas, una de *ruleta* y otra

de *treinta y cuarenta*, y ruegan á los viajeros que se hallan veraneando en Spa, vayan á tomar parte de aquellos cien mil francos.

Los viajeros obran con gran discreción, debo confesarlo. Ordinariamente les ocurre, que no sólo no tocan á la suma que tan generosamente se les ofrece, sino que la aumentan con sus recursos propios. Yo me habia conformado hasta ahora con esa costumbre: habia vaciado mi bolsa en la de los señores notables, y acompañado de sus bendiciones, he vuelto á París en el tren de los tronados, tren económico y de la menor velocidad posible.

Estos precedentes debieran servirme de lección. Pero si he perdido, ha sido porque jugaba por mi cuenta. Esta vez, voy á jugar por la suya. Es con su suerte con la que voy á Spa, y la fortuna, según dicen, le ha sido siempre fiel. Vamos, pues, no reflexionemos más; la suerte está echada. Los belgas esperan mi pequeño tributo.

En los *boulevares* compro la Guía de los Caminos de hierro. El tren directo para Spa sale de París á las ocho. Es tarde. ¿Qué voy á hacer hasta por la noche? Para distraer mis penas, necesito movimiento, vida, un expreso que me lleve á todo vapor y me permita olvidárlas.

Otro tren parte para Bélgica á las cinco, pero se detiene en Lieja. Pasaré la noche en esta ciudad, y saldré para Spa mañana por la mañana. Llegaré descansado y dispuesto á la hora en que se abra la banca; ya pueden asegurarse bien los banqueros.

VIII

Entré en mi casa; mi equipaje quedó hecho bien pronto. Puse en una cartera mi modesto capital, y el retrato suyo que debía servirme de talismán. Tomé un coche y llegué á la estación del Norte.

¿No hay nadie que yo conozca? ¿Nadie que, como yo, vaya á tentar fortuna? No. No salen hoy para Bélgica, más que gentes sensatas. ¡Cuánto me voy á fastidiar! Sin embargo... Sí, allí veo una cara conocida.

— ¡Hola! ¡Qué encuentro más feliz! ¿Dónde os dirigís?

— A Lieja, á ver las regatas que habrá en el Mosa, en las que tomarán parte mil embarcaciones.

— Yo voy á Spa, pero haré noche en Lieja.

— Perfectamente. Si tomásemos un *coupé* estaríamos seguros de que nadie nos molestaría.

— Tenéis razón. Pero, ¿sabéis—dije mirando á mi amigo,—que tenéis muy *mala sombra*?

— ¿Por qué?

— Porque habéis dado con el más insulso de los compañeros de viaje; voy á estar durante todo el camino, silencioso, gruñón y

soñoliento. Me hablaréis y no entenderé ni una palabra de lo que me digáis; haréis un derroche de amabilidad en mi obsequio y no os lo agradeceré.

— Pues á mi vez, yo fumaré cómodamente en mi rincón. Os prefiero, á pesar de todas esas advertencias, á cualquiera de esos mercaderes de remolacha y de carbón que nos rodean.

— Esta preferencia me honra. La hora de salida va á dar, coloquémonos en nuestros asientos.

Mi compañero, Pablo C..., joven muy conocido, tomó uno de los rincones, y yo ocupé el otro. No dijo ni una palabra; yo no hice más que soñar. ¿Ganaré, ó perderé? ¿La volveré á ver, ó no la veré más? ¿Me ama aún, ó no me ama ya? Tales fueron las espirituales preguntas que no cesé de dirigirme, y el círculo vicioso en que giré con regularidad desesperante.

En Compiègne, mi amigo, que acababa de encender su cuarto cigarro, y daba desde Chantilly señales de impaciencia, no pudo ya contenerse, y me dijo:

— ¿De modo que estáis enamorado?

— ¡Qué perspicacia la vuestra! No me asombra en verdad. Es preciso estar enamorado para ser tan ridículo como en estos momentos lo soy yo.

— Habladme de ella. Os hará bien.

— Lo creéis así.

— Lo espero. Yo también me he encontrado en el mismo caso que vos.

—Me infundís aliento. Pero tened mucho cuidado, porque así que empiece no pararé nunca.

—Os prometo no interrumpiros hasta la frontera.

—No está muy lejos. Por tanto comienzo sin más tardanza.

Pablo C... confiaba demasiado en sus fuerzas. Como es hombre perfectamente educado, estábamos ya en Saint-Quentin y aún me escuchaba, pero en Maubeuge se rindió. Entonces empecé de nuevo mis soliloquios.

A la una de la madrugada entramos en la buena ciudad de Lieja, que descansaba sumergida en profundo sueño. ¡Qué felices son estos liejeses! Óyeseles roncar á través de los muros de sus casas. Durante el día se habrán ocupado calmosamente, y sin apresurarse, de sus asuntos; habrán contado los sacos de escudos; habrán bebido una veintena de *chopes*, y fumado una libra de tabaco en sus grandes pipas de porcelana. Al caer la tarde, después de un sosegado paseo, por la orilla del Mosa ó por el boulevard *Sauvènière*, han vuelto á sus casas, han acariciado las sonrosadas mejillas de sus mujeres, y después de fumar una nueva pipa y beber su *chope* número veintiuno, reposan sin preocuparse del día siguiente. ¡Qué vida tan tranquila y tan buena al abrigo de toda pasión violenta! ¡En vez de ir á Spa debería quedarme en Lieja, en las alturas de Santa Walburge, para terminar allí mis días!

IX

Al día siguiente me separé de mi compañero. Sin tratar de retenerme á su lado, y esta prudente discreción se explica, se limitó á descarme una curación completa de mis males. En hora y media me condujo el tren á Pepinster primero, y después á Spa.

Ya te veo tal como te dejé, mi cómplice antigua, con tus calles bien alineadas, tus casas blancas, tus elegantes tiendas, tus anchas avenidas con árboles seculares, y tu paseo de las siete con músicas al aire libre. En verdad, mala hembra, que cualquiera te tomaría por una ciudad honrada y trabajadora. Te asemejas á ciertas mujeres que yo conozco, de reservado talante, exterior sencillo y maneras distinguidas. Las encontramos en nuestro camino, hacen que notemos en ellas, tratamos de serles presentados y bien pronto decimos: — Es una persona agradable y buena, podemos dejarnos ir de la inclinación que á ellas nos arrastra, podemos entregarla nuestro corazón, tendrán con él el mayor cuidado.—En efecto, le pone al lado del suyo, le consuela, le reanima; pero el día menos pensado, cuando está ya bien templado y se ha acostumbrado hasta á los más pequeños hábitos del suyo,